

En la conducta de Isabel respecto de Colón todo revela el más alto aprecio y la más absoluta confianza. No solamente le demuestra consideración y respeto, sino también cariño y verdadera amistad. No solamente Isabel cree firmemente en él, aún cuando duda del buen éxito de su obra, sino que le otorga la más dulce de las recompensas, antes que haya podido merecerla. Nombra á su hijo mayor paje del Infante don Juan; más adelante se ocupa también de su hijo menor; vela por sus intereses materiales, aparta de él cuidados y molestias, resiste á sus enemigos, piensa en los más mínimos detalles de su instalación en su residencia lejana, completa su mobiliario, sus provisiones, las conforma con su vida frugal; y, á tan larga distancia, le rodea de provisiones afectuosamente delicadas. Para él se muestra siempre más bien una amiga que una soberana.

La amistad de Isabel justifica á Colón mejor que nuestros razonamientos. Esta simpatía, esta fiel unión de sus dos almas es una refutación intrínseca de la persistente calumnia del canónigo Ángel Sanguinetti contra Cristóbal Colón. Nó, aquel que mereció la amistad de la Católica Isabel, esa segunda santa Teresa adornada con la diadema, no podía descender al amor de una concubina.

BEATRIZ ENRÍQUEZ.

Después de esas pocas palabras dichas en elogio de la inmortal princesa destinada á secundar y recompensar los esfuerzos de Cristóbal Colón, demos una mirada á la mujer escogida por él para hacerle sufrir la prueba más peligrosa que puede hallarse en lo humano, y hablemos un poco de esa noble cordobesa que, respetada por espacio de más de tres siglos por los historiadores, ha encontrado, en nuestra época rencorosos calumniadores en la patria de Cristóbal Colón.

Sostienen que era muy pobre y de humilde cuna. Esa imputación no bastaba al canónigo Ángel Sanguinetti; y creyó conveniente añadir á ella la de ligereza de costumbres (1). No nos rebajaremos hasta refutar esa última invención de la maledicencia; dejamos á su autor en plena posesión de ella.

La bella doña Beatriz Enríquez de Arana pertenecía á la antigua nobleza. Su familia era contada entre las más antiguas de Córdoba, y el académico español don M. Fernández Navarrete confiesa que era una de las principales de dicha ciudad (2). El archicronista imperial Oviedo llama á Rodrigo de Arana, buen

(1) A. Sanguinetti. *La Canonizzazione di Cristoforo Colombo*, p. 7.

(2) Doña Beatriz Enríquez, doncella noble y principal de aquella ciudad. — Navarrete. — *Disertación sobre la Historia de la Náutica*, parte tercera, § 19, folio 192.



Doña BEATRIZ ENRIQUEZ DE ARANA

La conducta de Isabel respecto de Colón todo revela el más alto aprecio y la más absoluta confianza. No solamente le demuestra consideración y respeto, sino también cariño y verdadera amistad. No solamente Isabel cree firmemente en él, aun cuando duda del buen éxito de su obra, sino que le otorga la más dulce de las recompensas, antes que haya podido merecerla. Nutre a su hijo mayor, paga del infante don Juan; más adelante se ocupa también de su hijo menor; vela por sus intereses materiales, aparta de él cuidados y melancolías, resiste a sus enemigos, piensa en los más mínimos detalles de su instalación en su residencia lejana, completa su mobiliario, sus provisiones, las conforma con su vida frugal; y, a tan larga distancia, le rodea de provisiones afectuosamente delicadas. Para él se muestra siempre más bien una amiga que una soberana.

La amistad de Isabel justifica a Colón mejor que nuestros razonamientos. Esta simpatía, esta fiel unión de sus dos almas es una refutación intrínseca de la persistente calumnia del canónigo Ángel Sanguinetti contra Cristóbal Colón. No, aquel que mereció la amistad de la Católica Isabel, esa segunda santa Teresa adornada con la diadema, no podía descender al amor de una concubina.

BEATRIZ ENRÍQUEZ.

Después de esas pocas palabras dichas en elogio de la inmensa proeza destinada a secundar y recompensar los esfuerzos de Cristóbal Colón, demos una mirada a la mujer escogida por él para hacerle sufrir la prueba más peligrosa que puede hallarse en lo humano, y hablemos un poco de esa noble cordobesa que, respetada por espacio de más de tres siglos por los historiadores, ha encontrado en nuestra época rencorosos calumniadores en la patria de Cristóbal Colón.

Sostienen que era muy pobre y de baja nobleza. Esa imputación no bastaba al canónigo Ángel Sanguinetti, y creyó con seguridad añadir a ella la de fijeza de costumbres (1). No nos detengamos hasta relatar esa última invención de la maledicencia; dejamos a su autor la posesión de ella.

La noble dama Beatriz Enríquez de Arana pertenecía a la antigua nobleza. Su familia era contada entre las más antiguas de Córdoba, y el académico español don E. Fernández Navarrete reconoce que era una de las principales de dicha ciudad. El ambaxador francés, don de Harlay, casó a Rodrigo de Arana, buen

(1) Véase el capítulo de la vida de Colón, en la obra de Sanguinetti, *Disertacion sobre la Historia de la América, parte primera, y la segunda.*



BEATRIZ ENRIQUEZ DE ARANA.

hidalgo de Córdoba (1).» El secretario del Senado de Venecia, Juan Bautista Ramussio, dice que Diego de Arana, sobrino de Beatriz Enriquez, era «bravo hidalgo de Córdoba.» Innegable había de ser la nobleza de los Arana, para que en el primer viaje se hubiese atrevido Cristóbal Colón a nombrar a Rodrigo de Arana comisario general de la expedición. Más adelante dió a otro de sus parientes, Pedro de Arana, el mando de uno de sus buques. La gran nobleza de Beatriz Enriquez fué despues invocada por los descendientes de la primera mujer de Cristóbal Colón, en una súplica dirigida a la reina de España, durante la menor edad de Carlos II (2).

No reuniendo la casa de Arana a su antigüedad una riqueza digna de ella, no se encontraba clasificada en la Grandeza, que en aquella época se componía únicamente de señores cuya grande opulencia sostenía la celebridad, hasta tal punto que llegó a ser casi un título oficial. Los grandes de España eran llamados «ricos hombres.» Para esos sobre todo quedaba abierta la entrada a la Corte. Sin compartir, empero, sus privilegios, la antigua familia de los Arana era sin duda conocida de la Reina; por esto no halló Colón ninguna dificultad en colocar bajo las órdenes de su cuñado, Rodrigo de Arana, dos oficiales de la Corona (3).

Tenemos una pueba implícita de la nobleza de Beatriz en su modestia, su reserva, su instinto de las relaciones sociales y sus conocimientos de la etiqueta. Porque al punto que el hijo mayor de Colón, don Diego, fué nombrado paje del Príncipe Real, al retirarle su padre del convento de la Rábida, en lugar de dirigirle inmediatamente al Infante, le mandó ir a Córdoba, a casa de su esposa doña Beatriz Enriquez, para que adquiriera las costumbres y aprendiera el ceremonial de la Corte. Parece que se educó allí en muy buena escuela, pues que, cuando su tío don Bartolomé Colón, volviendo de Francia, donde el rey Carlos VIII le había hecho saber el descubrimiento, fué a Córdoba a casa de su cuñada Beatriz a buscar a sus sobrinos, don Diego y el pequeño Fernando, a fin de presentarlos a la Reina, encontrólos ésta perfectamente educados, dió el parabien a su tío por su continente y porte, y se interesó especialmente por el más jóven, a quien su madre, desde la cuna, había podido dar más fácilmente las bellas maneras y el tono de la buena sociedad.

Sucede con la pobreza de la hija de los Arana lo mismo que con su origen plebeyo. Sin que fuese rica, una comodidad relativa aseguraba la independencia

(1) «Un buen hidalgo natural de Córdoba, llamado Rodrigo de Arana.» — Oviedo.— *La Historia general y natural de las Indias*. lib. II, cap. XII, p. 47.

(2) Por don Pedro Colón de Portugal y Castro, duque de Veragua, conde de Gelves, etc.

(3) Rodrigo de Escovedo y Pedro Gutiérrez, empleados en la Corte.